

LA MUÑECA

CUENTO PARA LAS NIÑAS

I

Recibir un bonito juguete en el día de Reyes, después de haber puesto los zapatitos á esperarle, es cosa agradable ciertamente; pero encontrarse con él en el día del año en que menos se espera, resulta más satisfactorio todavía.

Calcúlese lo contenta que se pondría Cecilia cuando al volver una tarde del colegio y penetrar en su cuarto, llamaron á la puerta muy quedito, y al apresurarse á abrir, vió en el dintel una muñeca que inclinaba su cabecita graciosamente, como saludándola con esmerada cortesía.

—Preciosa muñeca—dijo Cecilia dando saltos y palmadas de alegría, —¿eres para mí?

—Sí, hija mía—dijo su papá, que acompañado de su esposa penetró en la habitación.

—¡Ay, qué gusto!

—Es para ti, pero con una condición.

—¿Cuál, papá?

—Que la has de educar tú misma, y si su educación no es la de una niña buena, desaparecerá la muñeca para siempre.

II

A B C

Lo primero en que Cecilia pensó fué en dar un nombre bonito á su muñeca; pero ¿cuál será este nombre? La niña se

encontraba perpleja, y se le ocurrió la idea de consultar á sus amiguitas sobre el particular, para lo cual las convidó á todas á una buena merienda.

La muñeca asistió al convite, y cuando llegaron á los postres, Cecilia preguntó:

—Amiguitas, ¿cómo os parece que llamemos á mi muñeca?

—No hay más que buscar un nombre en el calendario—dijo una niña.

—Que escoja ella misma—añadió otra.

La opinión fué aceptada. Buscaron un almanaque y lo colocaron ante los ojos de la muñeca. Esta le miraba y remiraba, pero pasaba tiempo y no respondía una palabra.

—Se conoce que la muñeca no sabe leer—dijo una de las amigas.

—Pues entonces—dijo otra,—que Cecilia, que es la mamá de la muñeca, coja el calendario

Dieron el almanaque á Cecilia y se quedó tan muda como la muñeca y más colorada aún que ella. La niña heroína de nuestro cuento, *no sabía leer* tampoco

—La llamaré... la llamaré... A B C hasta que encuentre otro nombre—dijo Cecilia.

—Como tú quieras—la respondieron.

Y las niñas no volvieron á pensar en esto, excepto Cecilia, que desde entonces todos los días rogaba á su hermana mayor la diese lección de lectura.

Tras de la lección guardaba su libro y enseñaba á su que



rida muñeca lo que ella acababa de aprender. Con este método y esta constancia no tardó apenas nada de tiempo en saber leer perfectamente.

III

EL CARIÑO FILIAL

Aprendió á leer perfectamente Cecilia, y una mañana leyó en un libro que le dejó su hermana: «No solamente es un deber amar y respetar á sus padres, sino que es preciso demostrárselo; que es grandísima su satisfacción cuando escuchan frases de amor de los labios de sus hijos».

Cecilia se lo repitió á su muñeca, añadiendo:

—¡Ya lo sabes, A B C, y ten presente que yo soy tu mamá!

A los dos días, cuando más distraída estaba Cecilia, vió en la puerta de su cuarto á la muñeca con un ramito en la mano, y oyó una voz que decía:

—Buenos días, mamá: como hoy es tu cumpleaños, tengo el placer de felicitarte con estas flores, que si son pequeñas y duran muy poco, en cambio el amor con que te las doy es muy grande y vivirá siempre.

Cecilia cogió á A B C y la llenó de besos, diciendo:

—¡Qué gran satisfacción es oír esto de labios de una hijita!

La hermana de Cecilia, que estaba oculta tras un portier, salió despacito.

IV

LOS TRAJES DE A B C

A B C no era muy cuidadosa que digamos, y siempre tenía el vestido manchado y aun roto por algunos sitios. Cecilia veía esto con sentimiento, porque como la quería como su mamá, no podía menos de afligirse al verla en un estado tan vergonzoso.

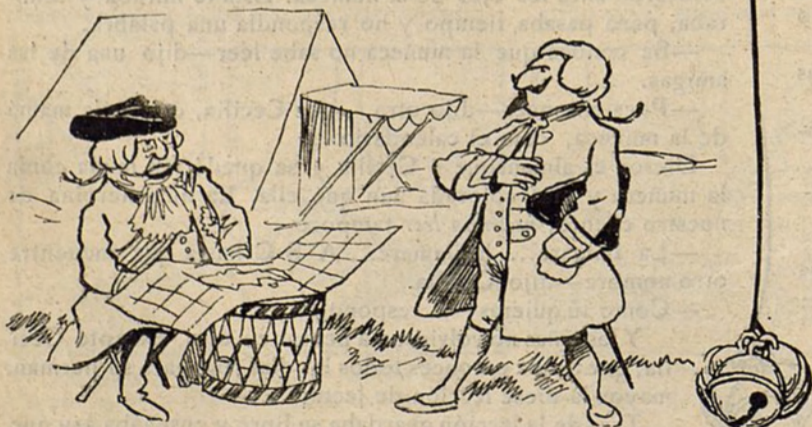
(Se continuará.)



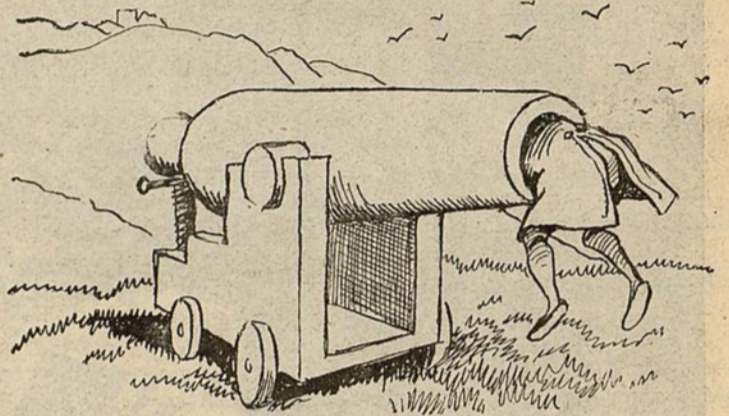
AVENTURAS POR MAR Y POR TIERRA DEL BARON DE MUNCHAUSEN

DEL RAPIDÍSIMO VIAJE DE IDA Y VUELTA QUE HIZO EL BARÓN EN CAMPAÑA

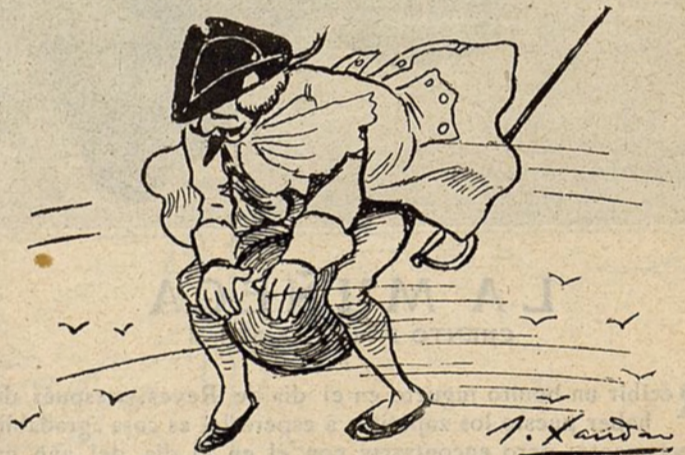
En la guerra de Rusia con Turquía, recuerdo cierto día en que sitiábamos una fortaleza. Todo el mundo creía que pronto se rendía; pero vimos después con extrañeza que, en lugar de entregarse, resistía. El general, un hombre de alto genio, les preguntaba un día á los soldados: —¿Se habrán abastecido los sitiados y podrán resistir hasta un quinquenio? Se reunió el Consejo á examinar el tema, y al ver ante el dilema todo el mundo perplejo, ¿qué hago yo entonces? Me levanto y digo á nuestro general:—Mi noble amigo: lo que estamos dudando no puede averiguarse más que entrando en el campo enemigo. —Eso es verdad—me dijo en el momento con bastante cachaza;— mas ¿quién entra en la plaza



del otro campamento?
¿Habrá alguno tan bestia?
Y yo bajé los ojos... por modestia.
—Mi general—repuse,—el caso apura y le voy á contar una aventura que á mí me sucedió, para que note si tengo medios de sacar á flote mi idea salvadora.
En... tal punto, tal día y á tal hora estaba yo sudando el propio kilo, y buscaba un lugar fresco y oscuro donde dormir la siesta muy tranquilo. Por salir del apuro en que el calor horrible me ponía, llegué á una batería, y en un cañón enorme que allí estaba



me metí despacito, y al poco rato, general, roncaba, durmiendo tan á gusto y tan fresquito. Sin verme dispararon á las doce (era día de gala, se conoce), y salí, dicho sea sin jactancia, á kilómetro y medio de distancia. Ya veis, mi general, que aquel disparo pudo costarme caro, si no llego á tener la gran ventaja de ir á caer sobre un montón de paja.
—¡Y bien!



—Y bien, mi general: veamos como nos arreglamos, que en esto toda precaución es poca, y yendo hacia un cañón que cerca habia me monté sobre el borde de la boca, y dije: ¡Esta es la mía!
—¡Preparen!—mandé luego,— y al dar la voz de ¡fuego! bajé las manos, me apoyé en la bala y fui por los espacios *hala que hala*. Llevaba recorrido largo trecho, cuando me dije: «Bárbaro, ¿qué has hecho? ¿Y si al llegar me toman por espía y me fusilan? ¡No, por vida mía!» Y con la rapidez del pensamiento cambié de bala, y me monté al momento en una que venía del otro campamento. Gracias á tal prudencia y tal premura hoy puedo referir esta aventura.



LAS GRANDES CIUDADES

PLAZA DE TRAFALGAR EN LONDRES Uno de los sitios más céntricos y animados de la capital de la Gran Bretaña, es la hermosa plaza que nuestro grabado representa. En ella están la Galería nacional de Pinturas, la iglesia de San Martín, y magníficos hoteles como el de Morley y *Metropole*, que la embellecen, y en su centro se levanta la columna monumental del almirante Nelson. Tiene 55 metros de altura, y sobre su capitel figura la estatua del almirante. Al pie del monumento están cuatro leones de granito, obra del escultor sir Edwin Landseer.

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

PEPITO TRÁPALA

(Continuación.)

ANDRÉS. ¿En la escalera?

PEPITO. Sí... en la escalera... Cogí el cuchillo, y en el acto en que me acometió, le metí en su boca, apoyando su mango contra la lengua y la punta en el paladar, de modo que al cerrar la boca para morderme se clavó toda la hoja... Se puso furioso y comenzó á dar vueltas de rabia, y entonces yo, entusiasmado con mi hazaña, empecé también á saltar y bailar delante de la fiera.

MANUEL. ¿Y qué más?

PEPITO. Que, por fin, el animal cayó muerto delante de mi cuarto, y como comprenderéis, no he podido entrar por no tener fuerza para separar un peso tan enorme como el de un oso.

ANDRÉS. Hombre, eso es cosa digna de verse... ¿Vamos, Manolo, á casa de Pepito?

MANUEL. Vamos...

PEPITO. No veréis nada...

ANDRÉS. ¿Por qué?

PEPITO. Porque... como he oído decir que la carne de oso es un manjar excelente, he llamado al cocinero...

ELVIRA. ¿Qué cocinero?

PEPITO. El nuestro.

ELVIRA. Pero hombre, si en casa no hay más que cocinera.

PEPITO. ¿Quieres hacerme el favor de no interrumpirme? No es posible así contar nada... ¿Qué iba diciendo?

ELVIRA. Estabas ocupándote de la invención de un oso y un cocinero.

PEPITO. ¡Ah, sí! Pues como decía, vino el cocinero y empezó á arreglar...

MANUEL. ¡Magnífico! ¡Comeremos oso...! ¿Nos convidarás, eh...?

PEPITO. Con mil amores, si esto fuera posible.

ANDRÉS. Pues ¿qué pasa?

PEPITO. Que la portera, que en todo se mete, se enteró de la cosa, y empezó á gritar en el portal: «¡Un oso, un oso!», y toda la gente que pasaba entró á verle y á llevarse un trozo; ¡y pedacito á pedacito no han dejado nada... nada...! ¡Ni la cola!

MANUEL. ¡Hombre, y todo eso ha pasado en dos minutos!; porque tú has vuelto en seguida.

PEPITO. Sí, así suceden las cosas en la vida; de una manera tan rápida que...

ANDRÉS. Mira, Pepe, esto es demasiado. Si has llegado á figurarte que somos tontos, te llevas chasco.

PEPITO. ¡Cómo!

MANUEL. Son muy grandes esas holas para que nadie las crea...

JULIA. ¡Ya, ya...!

ELVIRA. ¡Es verdad!

PEPITO. ¡Claro que es verdad!



Gente Menuda

ELVIRA. No; si digo que es verdad que son bolas muy grandes...

PAQUITA. Vas á conseguir, Pepito, que nadie te crea una palabra, y un día que necesites amparo, todo el mundo te abandonará, como en la fábula aquella del pastor...

PEPITO. Déjame de pastores y de fábulas; yo me basto y me sobro y no pido ni necesito amparo de nadie.

PAQUITA. El caso es que con tanta conversación no tenemos la charada.

ELVIRA. Inventemos otra.

MANUEL. Justamente; pero en castigo, el señor de Trápala queda excluido del número de los actores.

ANDRÉS. ¡Sí, sí...!

PAQUITA. ¡Vamos...!

JULIA. ¡Vamos...!

PEPITO. ¡A mí qué me importa!

ELVIRA. A ver si así escarmientas.

PEPITO. ¡Idos, pues, y que os haga buen provecho! (*Vanse todos los niños menos PEPITO que se queda mirándolos marchar, y después de una ligera pausa, dice:* ¡Valientes tontos!

ESCENA V

PEPITO

¿Creerán que me importa un pito su charada? ¡Bah... que se diviertan! ¡Yo sí que me he divertido con ellos! La verdad es que me he escurrido un poco y era difícil hacer tragar una bola de tan

gran tamaño; pero si mi hermana Elvira hubiese estado sola se la traga. ¡La he engañado más veces...! Y eso que es mi defensora en casa y por ella me he librado de algunos castigos de papá... Pero ¡qué diantre!, una mentira ó dos... ó tres no tienen nada de particular. ¿A quién hago yo daño con mis mentiras...? A nadie.

ESCENA VI

PEPITO, LA SEÑORA DE RAMÍREZ

LA SRA. ¿Cómo es esto? ¿Qué hace aquí el señor don Pepito, tan solitario.

PEPITO. Estaba... estaba aquí...

LA SRA. Ya lo veo; pero digo que cómo es que te dejan solo.

PEPITO. Es que... naturalmente, como se han marchado...

LA SRA. ¿Y por qué se han marchado sin ti?

PEPITO. Porque... porque me tenían miedo

LA SRA. ¿Cómo miedo...? ¿Por qué?

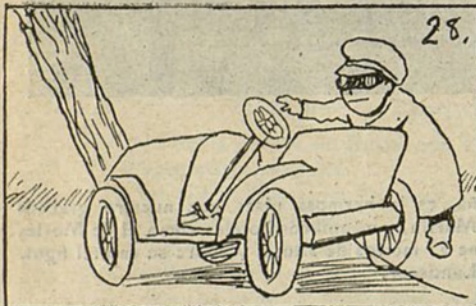
PEPITO. (*Aparte.*) ¡Cuánto pregunta esta señora! (*Alto.*) Pues... por nada, sino que el otro día... hace un mes... me mordió un perrito de mi hermana Elvira... y creían que el perro... pues... estaba rabioso...

LA SRA. ¿Y temían que rabiaras tú...? ¡Ja, ja, ja! (*Riendo.*) ¿Pues no ven que estás tan sano y tan bueno...? Vamos; ven conmigo y les daremos una lección á esos miedosos.

PEPITO. (*Aparte.*) ¡Ay! Ahora se va á descubrir y me van á dejar por embustero delante de esta señora.)

(*Continuará.*)

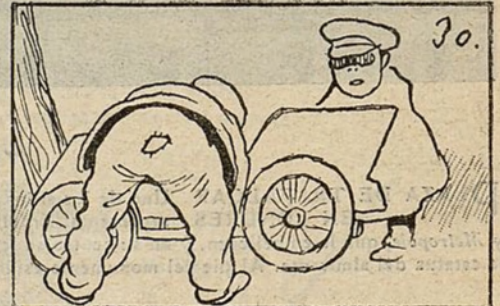
EL AUTOMOVIL DE JUANITO (*Conclusión.*)



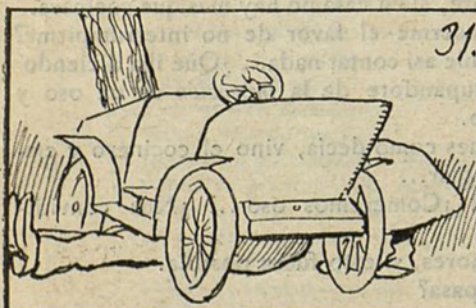
28. Traté el pobre Juanito de arreglar el automóvil, pero su trabajo fué inútil.



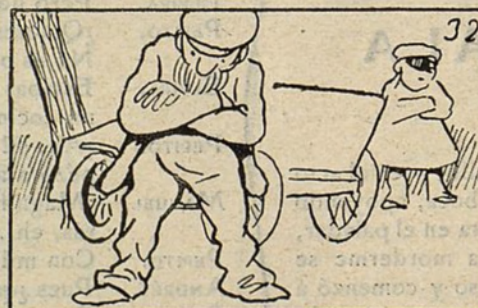
29. Por lo cual acudió á un *chauffeur*, que pasaba por casualidad, y le contó sus apuros.



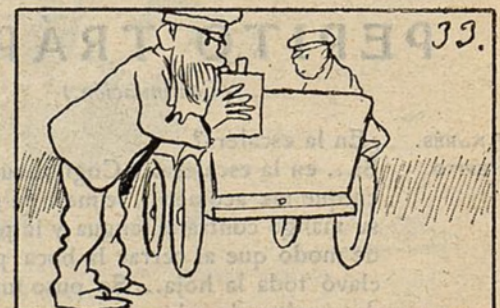
30. El mecánico reconoció detenidamente el motor sin encontrar nada de particular.



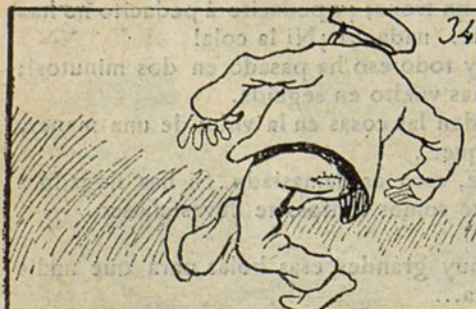
31. Nada tampoco encontró el hombre cuando examinó los ejes y las palancas, que explicase lo ocurrido.



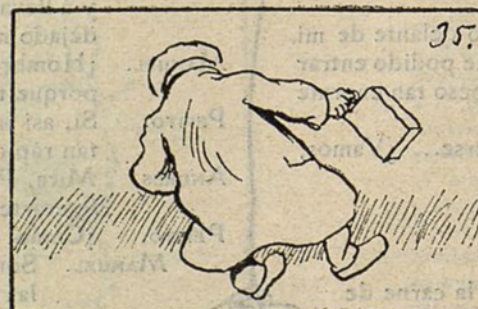
32. Todo estaba en buen estado, y era cosa de volverse loco adivinar dónde le dolía al aparato.



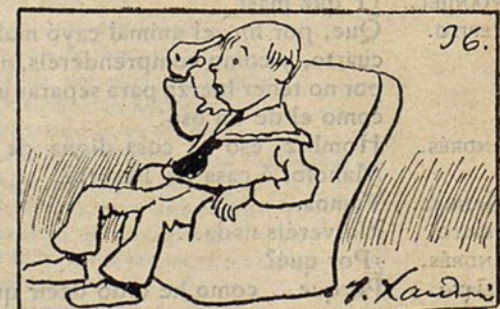
33. El *chauffeur* tuvo una idea luminosa y probó el alcohol que usaba Juanito para el automóvil.



34. Era alcohol amílico, y el estado del mecánico explicaba el de la máquina en su carrera.



35. Juanito experimentó en su equilibrio las mismas perturbaciones y acabó por dormirse profundamente.



36. Al despertar meditó que si el alcohol puede enloquecer á un automóvil, qué daño no hará en el organismo humano.